

## El amor fraternal

“*Permanezca el amor fraternal*” Heb. 13:1

### 1. Conexión del mandato con el contexto anterior

### 2. Explicación del mandato

### 3. Algunas consideraciones adicionales del mandato

La mayor parte de los comentaristas bíblicos consideran que el último capítulo de Hebreos es algo así como un apéndice o epílogo, el cual contiene diversas exhortaciones que no necesariamente guardan alguna conexión directa con el resto de la Epístola. Personalmente considero que esto es un grave error, pues, va en contra de la perspicuidad de las Escrituras al ignorar la conexión orgánica entre el tema central de la carta y los deberes que se inculcan en esta última parte de la misma. Más bien, estamos de acuerdo con Owen quien dice que en estos versículos finales se exhibe una ejemplificación de la sabiduría divina que le ha sido concedida al autor de la epístola; y todos aquellos que tengan una mente ungida meditarán en esta última parte con la fe y reverencia que las Sagradas Escrituras exigen, de manera que les será revelado lo que el Espíritu Santo inspiró en la mente del autor.

Es una lástima que muchos intérpretes y predicadores aborden con ímpetu la epístola a los Hebreos, más cuando llegan al capítulo 13 se debilita el interés, pues, piensan que sus contenidos son de menor importancia y menor valor que los capítulos anteriores.

Al menos que tengamos en cuenta el orden en el cual el Espíritu Santo inspiró al autor sagrado para escribir la epístola no podremos aprender algunas de las más valiosas y vitales lecciones respecto al método correcto y la forma cómo debe exponerse la verdad de Dios delante de las almas de los hombres.

El predicador no sólo es maestro de la Palabra de Dios para preservar el sistema doctrinal en ella contenido (no introduciendo sus propias especulaciones), o para preservar el debido equilibrio de la verdad (evitando la afición a aquellos pasajes que son de su preferencia personal); sino que, con el fin de que su ministerio sea más aceptable a Dios y útil para sus oyentes, él debe seguir estrictamente el orden de las Escrituras, porque si se ignoran el contexto y las conexiones propias, se corre el riesgo de pervertirlas porque se pierde el

énfasis correcto y se rompe la cadena de la verdad. Invito a todos los predicadores para que presten atención a las observaciones que siguen.

Una cuidadosa lectura de nuestra epístola, en una sola sesión, revelará que en los doce primeros capítulos no se inculca ni un solo deber moral o eclesiástico. Es cierto que aquí y allá el autor irrumpe en el desarrollo ordenado de su exposición, exhortando a la obediencia a Dios y la perseverancia en la fe, o intercalando solemnes advertencias frente a las fatales consecuencias de la apostasía, sin embargo, ni una sola vez se exhorta formalmente a los hebreos sobre la obediencia a los mandamientos de la segunda tabla de la Ley – pues, ellas estaban reservadas para las palabras de cierre. El curso seguido por el autor fue, primero, establecer la gloria, los oficios y la obra de Cristo, y luego de haber puesto una base firme para la fe y la obediencia, exhortar a sus lectores en la obediencia evangélica y moral. Como dice John Owen:

“Él prescribe por su propio ejemplo, como también el apóstol Pablo pide en la mayoría de sus epístolas, cuál es el orden y método verdadero para predicar el evangelio; esto es, en primer lugar, declarar los misterios del mismo, bajo el poder de la gracia de Dios, para luego pasar a los deberes prácticos de la obediencia. Y se equivoca todo aquel que proponga otro método para la predicación del evangelio o todos aquellos que no dediquen el tiempo suficiente a las dos partes. Porque así como la mera exposición de las verdades espirituales, sin demostrar cómo ellas son vitales para incrementar nuestra obediencia y sin extraer una aplicación práctica de ellas, sólo producen un conocimiento que envanece, más no edifica; de la misma manera, concentrarnos en aplicaciones prácticas morales, sin una previa y clara exposición de la Gracia que es en Cristo Jesús, lo cual es lo único que nos hace capaces para obedecer y ser agradables ante Dios, dependiendo siempre de la misma; no sirve más sino para engañar a las almas de los hombres y para sacarlos del camino del evangelio”.

Los misterios divinos y las grandes doctrinas que se exponen en las Escrituras no son meras abstracciones dirigidas al intelecto, carente de frutos y efectos: Cuando ellos son recibidos verdaderamente en el alma, mezclados con la fe, moldean el corazón con la Ley de Dios, y también producen resultados prácticos en el creyente. Si el evangelio da a conocer el amor

infinito y la asombrosa gracia de Dios en Cristo, él también nos dirige al cumplimiento de nuestros deberes espirituales y morales.

Hay una relación general entre el capítulo 13 y todo lo que se ha dicho en la carta, pero también hay una conexión más específica. Lejos de haber una ruptura radical entre Hebreos 12 y 13, más bien, los últimos versículos del capítulo 12 y los primeros del capítulo 13 están estrechamente vinculados entre sí. En el 12, el autor mencionó algunos de los principales deberes que tiene el creyente para con Dios, es decir, “*no desechéis al que habla*” (v. 25), y “*servamos a Dios agraciándole con temor y reverencia*” (v. 28). Ahora en el capítulo 13 el autor tabula los deberes que tiene el creyente para con los demás hombres. Comienza con la suma y sustancia de los demás deberes: el amor fraternal. Primero, el amor a Dios con todo nuestro corazón, y luego el amor a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

“*Permanezca el amor fraternal*”. La primera aplicación en el caso de los hebreos es velar porque los judíos que se han convertido al cristianismo no se comporten de una manera menos amable con sus hermanos según la carne. Es verdad que los judíos no cristianos están provocándolos por su enemistad y persecución, pero esto no debe llevarlos a tomar represalias, todo lo contrario, esta es una oportunidad para el ejercicio y la manifestación de la gracia divina. Ellos debían recordar el ejemplo dejado por el Maestro: quien, cuando era tratado vilmente por los judíos, soportaba pacientemente sus ultrajes y siguió buscando el bien de ellos; el creyente debe seguir sus pasos.

Esta aplicación del texto también es válida para cualquiera de nosotros, pues, en alguna medida podemos estar atravesando situaciones similares. Es posible que luego de convertirnos al Señor Jesús, muchos de nuestros familiares y amigos se volcaran contra nosotros y ahora, provocados por Satanás, se nos oponen, nos molestan y nos maltratan. En esta situación, la palabra que se nos da es: “*Permanezca el amor fraternal*”, es decir, el creyente no hará justicia por sí mismo, no responderá maldición con maldición, sino que desarrollará un espíritu de verdadera benevolencia, deseando y buscando sólo el bien de los demás. “*Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de*

*beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Ro. 12:20-21).*

## **2. Explicación del mandato**

*“Permanezca el amor fraternal”*. Esto se refiere, de manera más alta, a ese afecto especial y espiritual que se cultiva entre los hijos de Dios. “El le llama el amor fraternal no sólo para enseñarnos que debemos estar unidos en un singular e interno sentimiento de amor, sino también para recordarnos que no es posible ser cristianos sin amar a los hermanos, porque habla del amor que la familia de la fe debe cultivar entre ellos mismos, así como el Señor los ha unido estrechamente con el vínculo común de la adopción” (John Calvin).

Matthew Henry también señaló “El espíritu del cristianismo **es un espíritu de amor**”. El fruto del Espíritu es amor (Gál. 5:22), la fe obra por el amor (Gál. 5:6); *“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él”* (1 Jn. 5:1). El amor a los hermanos es a la vez el primer indicio y el primer fruto de la vida cristiana (Hch. 16:33) y el objetivo final y el resultado de la gracia divina (2 P. 1:7).

Es importante resaltar que los creyentes hebreos no fueron exhortados *“tenemos amor fraternal”*, sino, *“permanezca el amor fraternal”*, mostrando con ello que los creyentes ya tenían el amor hacia los demás, lo cual es aprobado por él mismo, y luego los llama para que continúen o permanezcan en eso mismo.

Al igual que su maestro, el autor combina la exhortación con el elogio. Él ya les había recordado *“Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos, y sirviéndoles aún”* (Heb. 6:10), y *“Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante”* (Heb. 10:32-33). Pero el autor sintió que había peligro de que el amor fraternal decayera, ya que había disputas entre ellos con respecto a las ceremonias de la Ley mosaica y discusiones sobre algunas diferencias

religiosas, lo cual no auguraba nada bueno para la salud del amor fraternal. Por lo tanto, él los llama a ponerse en guardia, invitándolos a vivir y amar como hermanos.

“El amor tiene su fundamento en la relación. Donde hay relación hay amor, o debiera existir amor; y donde no hay ninguna relación no puede haber amor, propiamente dicho. Por lo tanto, esto se menciona aquí con respecto a una hermandad. Esta hermandad es religiosa: todos los creyentes tienen un solo Padre (Mt. 23:8, 9), un Hermano mayor (Ro. 8:29), que no se avergüenza de llamarlos hermanos (Heb. 2:11), tienen un mismo espíritu, y son llamados en una misma esperanza (Ef. 4:4), quien es el espíritu de adopción incertando a todos en una misma familia (Ef. 3:14-15)” (John Owen).

El amor fraternal puede ser definido *como aquel vínculo tierno que teje en unidad los corazones de los hijos de Dios*, o más definitivamente, como *aquella preocupación espiritual y afectiva que los cristianos tienen el uno hacia el otro*, manifestado por un deseo y esfuerzo por los más altos intereses mutuos.

Esta tarea fue encomendada por Jesús a sus discípulos: “*Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros*” (Juan 13:34). Refiriéndose a este mandato de Cristo, el apóstol escribió: “*Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra*” (1 Juan 2:7-8).

Algunos han sido confundidos por su “*no os escribo mandamiento nuevo..., sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo*”, pero la aparente ambigüedad puede ser explicada fácilmente. Cuando una ley se renueva bajo la administración de otro gobierno, es contada como “nueva”. Así es en este caso. Lo que era requerido por la Ley (*no te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová. Lev. 19:18*), se repite en el Evangelio (*Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Juan 15:12*), por lo que absolutamente hablando, no es nuevo, sino el mandamiento antiguo. Sin embargo, relativamente es “nuevo” porque impone nuevos motivos (*En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por*

*nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.* 1 Jn. 3:16), y un nuevo modelo (*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.* 1 Jn. 4:10-11); por lo tanto “*según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe*” (Gál. 6:10), porque ellos merecen nuestros afectos ya que fueron creados en la misma imagen, profesan la misma fe y sufren las mismas debilidades.

Mantener el amor fraternal es fuente de bendición espiritual para la Iglesia, en diversas maneras: redundando en el honor del evangelio y el consuelo de los creyentes. Su ejercicio constituye el mejor testimonio ante el mundo de **la autenticidad de nuestra profesión.**

El cultivo y la manifestación del amor cristiano entre los miembros del pueblo de Dios es un argumento de mayor peso que cualquier apologética. Los creyentes deben conducirse en tal afecto, el uno hacia el otro, que no se necesita un botón o escarapela que los etiquete como hermanos en Cristo: “*En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieres amor los unos con los otros*” (Juan 13:35).

Debe quedar muy claro que sus corazones unen lazos entre sí por un vínculo más íntimo, espiritual y duradero que por cualquier otro producido por la naturaleza humana. Su comportamiento hacia los demás debe ser tal que no sólo deben ser señalados como condiscípulos, sino como dice Cristo: “*mis discípulos*” – ¡reflejando su amor!

El ejercicio del amor fraterno no es sólo un testimonio ante el mundo sino que también **es una evidencia a los cristianos de su regeneración:** “*Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte*” (1 Juan 3:14). Esta debe ser una palabra de consuelo para los pobres santos cuyas almas están abatidas. En la actualidad ellos no pueden “leer su nombre claro en las mansiones del cielo”, y tienen miedo de gritar “*Abba, Padre*” porque no quieren ser culpables de presunción. Pero aquí está abierta una puerta de esperanza para los pequeños de Cristo: Es posible que tú, amado lector, tengas miedo de afirmar que amas a Dios, pero ¿tú no amas a Su pueblo?, si lo haces, debes haber nacido de nuevo, y tienes en ti la misma naturaleza espiritual que hay en ellos; pero ¿cómo sabes que los amas?, bueno, ¿disfrutas de

su compañía, admiras lo que se ve de Cristo en ellos, les deseas lo mejor, oras por ellos y buscas su bien? Si es así, seguro que los amas.

Pero el amor cristiano no es sólo un testimonio ante el mundo de nuestro discipulado cristiano y una evidencia segura de nuestra regeneración, sino que también **es aquello en lo cual Dios se deleita**. ¡Por supuesto que sí! Es el producto de su propia gracia, el fruto automático de su Espíritu. “*¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!*” (Sal. 133:1) es lo que Dios mismo declara.

Esto también se deja ver claramente en Apocalipsis 3. Allí nos encontramos con una de las cartas dirigidas a las siete iglesias de Asia Menor, a saber, la de Filadelfia, la iglesia del “amor fraternal”, pues, eso significa la palabra “Filadelfia”, y en esta carta no hay censura ni repreensión: allí había lo que refresca el corazón del Señor.

Pero nuestro texto se refiere no tanto a la existencia y el ejercicio del amor fraterno sino a **su permanencia**: “*Permanezca el amor fraternal*” o “*permanezca constante*”, como algunos lo traducen, porque la palabra griega incluye la idea de perseverar frente a las dificultades y tentaciones.

**Lo que se ordena es la perseverancia en un afecto puro y desinteresado hacia los demás cristianos.** El amor fraternal es como una planta tierna que requiere mucho cuidado: si no se le atiende y riega, muy pronto se marchitará. Se trata de una especie exótica porque ella no es nativa del suelo de la naturaleza humana caída – lo natural del hombre en su estado caído es ser “*aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros*” (Tito 3:3). Si, el amor fraternal es una planta muy sensible y rápidamente es afectada por el aire frío de la crueldad y es fácilmente cortada por la helada de las duras palabras. Si va a prosperar, es necesario que sea cuidadosamente protegida y diligentemente cultivada.

### **3. Algunas consideraciones adicionales del mandato: necesidad, pertinencia, humillación, solemnidad, gracia, amplitud, poder**

“*Permanezca el amor fraternal*”. ¡Qué palabra **necesaria** es esta! Así fue al principio, por lo tanto Dios impuso un deber fundamental al hombre: “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Lev. 19:18). Cuántas luchas, derramamiento de sangre, sufrimiento y dolor se hubiese evitado en el mundo si todos los hombres obedecieran este mandato. Pero, por

desgracia, el pecado ha señoreado y dominado, y cuando el pecado reina el amor está latente.

Si queremos tener una idea de lo que es el pecado, debe ser contrastado con su opuesto: Dios. Ahora, Dios es espíritu (Juan 4:24), Dios es luz (1 Juan 1:5), Dios es amor (1 Juan 4:8); mientras que el pecado es carnal, el pecado es oscuridad, el pecado es odio. Pero si nos hemos alistado bajo la bandera de Cristo, entonces hemos sido llamados a una guerra contra el pecado, contra la carnalidad, contra el odio. Por lo tanto, *permanezca el amor fraternal*.

Esta exhortación es muy **pertinente** para nuestro tiempo debido, no sólo al odio que impera en todo el mundo, sino por el estado actual de la cristiandad. Hace más de tres siglos John Owen escribió: “(El amor fraternal) es como si su brillo y esplendor se hubiese retirado al cielo, permaneciendo en su poder y ejercicio eficaz solamente en algunos rincones de la tierra. La envidia, la ira, el egoísmo, el amor al mundo, la frialdad en los asuntos espirituales, todo esto ha tomado el lugar del amor. Y en vano muchos discuten y contienden sobre sus diferencias en la fe y la adoración, pretendiendo avanzar la religión a través de la imposición de sus creencias a los demás: a menos que se vuelva a introducir nuevamente este santo amor entre todos los que profesan el nombre de Cristo, los asuntos de la religión correrán cada día más y más a su ruina. El nombre de una hermandad entre los cristianos es una cuestión de desprecio y reproche, y todas las consecuencias de tal relación son despreciadas”.

Las cosas no son mejores hoy día. Cuán poca evidencia del amor fraterno hay entre los que profesan ser cristianos. Estamos presenciando el cumplimiento de las palabras de Cristo: “*Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará*” (Mt. 24:12). Pero, querido lector, el amor de Cristo no ha cambiado: “... *como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*” (Juan 13:1).

Hay muchas razones para estar avergonzados hoy día de nuestro cristianismo, pues, hay una tendencia a darle más valor a la luz que al amor, se estima más la comprensión de los misterios de la fe por encima de los afectos hacia los demás. He aquí una pregunta que cada



uno de nosotros debe afrontar honestamente: ¿Está mi amor por los hermanos manteniendo el mismo ritmo de mi creciente conocimiento (intelectual) de la verdad?

“*Permanezca el amor fraternal*”. ¡Qué palabra **humillante** es esta! Se pensaría que aquellos que están unidos por tales vínculos íntimos, compañeros y miembros del cuerpo de Cristo, espontáneamente se amarían, y que el objetivo constante sería promover los intereses de los demás.

Querido lector, el Espíritu Santo consideró necesario llamarnos con esta exhortación para que cumplamos este sagrado deber. ¡Qué clase de criaturas somos que aún necesitamos ser así exhortados! ¡Cómo esto debería golpear nuestro orgullo! Cuando éramos inconversos nos caracterizábamos por ser “*aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros*” (Tito 3:3), pero la raíz de ese odio aún permanece en el creyente, y a menos que sea juzgado y mortificado dificultará mantener y ejercitar el amor cristiano.

“*Permanezca el amor fraternal*”. ¡Qué palabra más **solemne** es esta! ¿Te sorprende que use este adjetivo? No es sólo una exhortación pertinente y humillante sino solemne. ¿Hemos olvidado el contexto de este pasaje? Miremos el versículo que le precede inmediatamente, recordando que cuando esta carta se escribió no estaba dividida en capítulos ni versículos. Leamos consecutivamente hebreos 12:29 y el 13:1 “*...porque nuestro Dios es fuego consumidor. Permanezca el amor fraternal*”. El hecho de que estos versículos sean puestos en una inmediata yuxtaposición le da una nota más solemne.

Retrocedamos en nuestra mente a la primera pareja de hermanos que caminaron sobre esta tierra: ¿El amor fraternal permaneció en ellos? – todo lo contrario. Caín odiaba y mató a su hermano, y ¿no se encontró él con el Dios que es *fuego consumidor*? Claro que sí, y tal fue su sufrimiento que dijo: “*grande es mi castigo para ser soportado*” (Gén. 4:13), la ira de Dios ardía en su conciencia y tuvo un anticipo de los terrores del infierno antes de ir allí.

Pero alguien puede objetar lo que se acaba de decir, en el sentido de que el ejemplo no es apropiado, pues, Caín y Abel eran hermanos naturales, pero el texto de Hebreos se refiere principalmente a los hermanos espirituales. Es cierto, pero lo natural con frecuencia presagia lo espiritual, y hay mucho en Génesis 4 que cada cristiano debe tomar en serio.

Continuemos avanzado unos siglos en el desarrollo de la historia humana. ¿No eran hermanos espirituales Abraham y Lot? Si que lo fueron. ¿Permaneció el amor fraternal entre ellos? No, no fue así. Entre sus pastores surgió el conflicto y se separaron (Gén. 13). Lot prefirió las llanuras bien irrigadas y una casa en Sodoma, en vez de la comunión con el padre de los creyentes. ¿Cuál fue la consecuencia? ¿Encontró que Dios “es fuego consumidor”? Él fue testigo de la destrucción de todos sus bienes cuando Dios hizo llover fuego y azufre sobre la ciudad. Esta es otra solemne advertencia para nosotros.

*“Permanezca el amor fraternal”*. ¡Qué palabra de **gracia** es esta! Consideremos sus implicaciones. ¿No son parecidas a *“os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”* (Ef. 4:1-2)?

Esto significa que hemos de comportarnos no de acuerdo con los dictados de la carne, sino conforme a las exigencias de la gracia. **Si ha habido misericordia hacia mí, entonces debo ser misericordioso y amable con los demás**. Pero eso no siempre es fácil. No sólo ha quedado en mí una raíz de odio, sino que la “carne” todavía permanece en mi hermano, y hay mucho en él que probará mi amor, de lo contrario no habría necesidad de que se nos diera la exhortación: *“soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”*.

Dios ha ordenado sabiamente que nuestro amor pueda elevarse por encima de la mera amabilidad de la naturaleza. No debemos solamente gobernar nuestro temperamento, actuar con cortesía, ser agradables a los demás; sino que debemos soportar las debilidades de los demás con una total disposición a perdonar rápidamente: *“El amor es sufrido, es benigno”* (1 Cor. 13:4).

*“Permanezca el amor fraternal”*. ¡Qué palabra **exhaustiva** es esta! Si quisiéramos abrir completamente todo lo que la Escritura dice sobre este deber, nos daríamos cuenta que sus mandatos son numerosos. Si el amor fraternal ha de permanecer debemos exhortarnos los unos a los otros cada día, debemos provocarnos a las buenas obras, servirnos mutuamente de maneras diferentes. Incluye el vivir juntos en paz y armonía, implica una preocupación piadosa por los demás. Abarca la oración del uno por el otro. Otra forma práctica es escribir

cartas espirituales a los que ahora están lejos de nosotros, enviarles mensajes a través del correo electrónico u otros medios: *“permanezca el amor fraternal”*.

*“Permanezca el amor fraternal”*. ¡Qué palabra tan **enérgica** es esta! La cual debe conducirnos a todos a ponernos de rodillas. Necesitamos tanto del Espíritu Santo para poner en acción el amor, así como lo requerimos para ejercitar nuestra fe - no sólo hacia Dios, sino hacia los demás: *“Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo”* (2 Tes. 3:5). Observemos la fuerza que Cristo puso en este precepto cuando dio su discurso pascual: *“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros”* (Juan 13:34). Pero el Salvador no consideró suficiente una sola exhortación, así que, nuevamente dijo: *“Este es mi mandamiento: que os améis unos otros, como yo os he amado”* (Juan 15:12). Y consideró necesario repetirlo una tercera vez: *“Esto os mando: Que os améis unos a otros”* (Juan 15:17).

*“Permanezca el amor fraternal”*. ¡Qué palabra **divina** es esta! El amor aquí impuesto es uno, santo y espiritual, hecho posible *“porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”* (Ro. 5:5), pues, hasta que el Señor no hizo eso con nosotros, lo único que había era odio.

El amor a los hermanos es el amor a la imagen de Dios estampada en sus almas: *“Todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él”* (1 Jn. 5:1). Ningún hombre puede amar a otro por la gracia que está en su corazón, al menos que la gracia esté en el suyo propio. Es natural amar a los que son amables y generosos con nosotros, pero es sobrenatural amar a los que son fieles y santos en sus relaciones con nosotros.

*“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviera queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto”* (Col. 3:12-14).